

ORIENTE Y OCCIDENTE
EN LA ANTIGÜEDAD
CLÁSICA

Temas de Historia Antigua

Coordinador: DAVID HERNÁNDEZ DE LA FUENTE



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los

derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

ORIENTE Y OCCIDENTE EN LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA

Juan Pablo Sánchez Hernández



Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

© Juan Pablo Sánchez Hernández

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono: 91 593 20 98
www.sintesis.com

ISBN: 978-84-9171-278-7
Depósito Legal: M-19.464-2019

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
--------------------	---

PARTE I
ORIENTE Y OCCIDENTE EN ÉPOCA CLÁSICA
(510-330 A. C.)

1. EL IMPERIO AQUEMÉNIDA: CRISOL DE PUEBLOS DEL EGEO AL INDO	17
1.1. <i>El auge del Imperio Aqueménida</i>	18
1.2. <i>Las satrapías</i>	20
1.3. <i>Las capitales imperiales</i>	26
1.4. <i>La administración y las comunicaciones</i>	31
2. EL MUNDO GRIEGO Y EL ORIENTE AQUEMÉNIDA	37
2.1. <i>El expansionismo persa y el Lejano Oriente: Heródoto</i> ..	38
2.1.1. Los viajes de Heródoto y sus Historias	40
2.1.2. El Lejano Oriente en Heródoto	45
2.2. <i>Griegos en la corte aqueménida: Ctesias</i>	51
2.2.1. Persiká	52
2.2.2. Indiká	56
3. EL IMPERIO DE ALEJANDRO MAGNO	61
3.1. <i>La conquista del Imperio Aqueménida</i>	62
3.2. <i>La campaña en Asia Central</i>	67
3.3. <i>La campaña en la "India"</i>	75
3.4. <i>La vuelta a Babilonia (y muerte)</i>	81
3.5. <i>El legado oriental de Alejandro Magno</i>	85

PARTE II

ORIENTE Y OCCIDENTE EN ÉPOCA HELENÍSTICA
(330-30 A. C.)

4.	LOS SUCESORES DE ALEJANDRO MAGNO EN ASIA	95
4.1.	<i>Seléucidas y Mauryas</i>	96
4.1.1.	Seleuco I y Antíoco I	97
4.1.2.	Candragupta y Aśoka	106
4.2.	<i>Reinos menores en el Lejano Oriente helenístico</i>	114
4.2.1.	El reino greco-bactriano	115
4.2.2.	Los reyes indo-griegos	119
5.	LOS PTOLOMEOS DE EGIPTO Y EL ORIENTE	125
5.1.	<i>El auge del reino de los Ptolomeos</i>	126
5.2.	<i>Alejadría, cosmópolis del Mediterráneo oriental</i>	131
5.3.	<i>La Biblioteca de Alejandría y Eratóstenes de Cirene</i>	134
5.4.	<i>El expansionismo por el desierto arábigo</i>	138
5.5.	<i>Las expediciones en el océano Índico</i>	142
6.	EL MUNDO GRIEGO Y EL ORIENTE HELENÍSTICO	149
6.1.	<i>Griegos en la corte maurya: Megástenes y sus Indiká</i>	150
6.2.	<i>El urbanismo cosmopolita de Oriente: Ai-Khanoum y Takht-i Sangin</i>	157

PARTE III

ORIENTE Y OCCIDENTE EN ÉPOCA ROMANA
(30 A. C.-192 D. C.)

7.	LOS PUEBLOS NÓMADAS Y LA RUTA DE LA SEDA	169
7.1.	<i>La expansión de China por Asia Central</i>	170
7.1.1.	El Imperio Han y los hunos (xiongnu)	171
7.1.2.	El Imperio Han y los partos	175
7.2.	<i>Indo-escitas (sakas) e indo-partos</i>	179
7.3.	<i>El Imperio Kushán (yuezhi)</i>	186

8.	EL IMPERIO ROMANO Y LA RUTA DE LA SEDA	193
8.1.	<i>La expansión de Roma en el Mediterráneo oriental</i>	194
8.1.1.	Egipto	196
8.1.2.	Nabatea (Arabia)	203
8.1.3.	Palmira (Siria)	208
8.2.	<i>Rutas comerciales fuera del Imperio Romano</i>	212
8.2.1.	Rutas marítimas: <i>Periplo del mar Eritreo</i> y Taprobane	212
8.2.2.	Rutas terrestres: Isidoro de Charax y Maes Titianus	216
9.	ORIENTE EN EL MUNDO ROMANO	221
9.1.	<i>Asiáticos en el Imperio Romano</i>	222
9.2.	<i>Seda, especias y otros productos exóticos</i> <i>en Roma</i>	228
10.	EL MUNDO ROMANO EN ORIENTE	239
10.1.	<i>Griegos (y helenizados) en Asia: los yavana</i>	240
10.2.	<i>El urbanismo cosmopolita de Oriente:</i> <i>Taxila, Begram y Hadda</i>	247
	SELECCIÓN DE TEXTOS	255
	<i>Texto 1. Ctesias y la marticora</i>	255
	<i>Texto 2. El almirante Nearco en el país de los ictiófagos o</i> <i>“devorapeces” (Baluchistán)</i>	256
	<i>Texto 3. El Heracles indio, “pescador de perlas”</i>	257
	<i>Texto 4. Inscripción griega del emperador Aśoka Maurya en</i> <i>Kandahar (Afganistán)</i>	258
	<i>Texto 5. Inscripción griega en verso del comerciante indio</i> <i>Sofito en Kandahar (Afganistán)</i>	259
	<i>Texto 6. Pilar con inscripción en prácrito del embajador griego</i> <i>Heliodoro en Vidisa (Madhya Pradesh)</i>	260
	<i>Texto 7. Inscripción dinástica de Kaniška en Rabatak,</i> <i>provincia de Baghlam (Afganistán)</i>	260
	<i>Texto 8. Carta amorosa de Aretusa a su esposo, el soldado</i> <i>Licotas, en campaña por Oriente</i>	261

<i>Texto 9. Da Qin (el Imperio Romano) y su capital en los anales chinos de los Han del Este.....</i>	262
<i>Texto 10. Seria y el misterioso origen de la seda china.....</i>	263
CRONOLOGÍA	265
BIBLIOGRAFÍA	267

2

EL MUNDO GRIEGO Y EL ORIENTE AQUEMÉNIDA

El siglo v a. C. fue para el Imperio Aqueménida un convulso periodo que empezó con una revuelta en Jonia, promovida por Mileto (499-494 a. C.), que tardó poco en sofocarse. Poco después, los persas lanzaron dos expediciones expansivo-punitivas contra Grecia por su participación en esa revuelta, que se saldaron con un relativo fracaso. Sin embargo: en la primera guerra médica (490 a. C.), aunque la isla de Eretria fue saqueada y su población deportada, Atenas no recibió su castigo, porque el avance persa se vio interrumpido en Maratón; y en la segunda guerra médica (480-479 a. C.) solo se logró infligir una derrota a los espartanos en las Termópilas, pues los griegos salieron victoriosos de las restantes batallas en Artemisión, Salamina y Platea (Crackwell, 2005; Holland, 2007).

Las hostilidades solo cesaron con la Paz de Calias (449 a. C.) y tras ella se inició el periodo más glorioso de Atenas —el Partenón empezó a construirse por entonces—, y, aun así, el Imperio Aqueménida continuó inmiscuyéndose en los asuntos griegos, financiando con sus tesoros la flota espartana que derrotó a Atenas en la guerra del Peloponeso (431-404 a. C.). Sin embargo, cuando los espartanos apoyaron a Ciro en su golpe de Estado contra su hermano Artajerjes II (401 a. C.), los persas decidieron entonces ayudar a

los atenienses en la guerra de Corinto (395-387 a. C.). La Paz de Antálcidas (387 a. C.) supuso una vuelta al *statu quo* de comienzos del siglo V a. C., con el retorno de las ciudades jonias al Imperio Persa. En esta época de intensas relaciones (Millar, 1997; Hyland, 2017), los historiadores Heródoto y Ctesias no solo dan fe de ese frecuente contacto, sino también de la fascinación que suscitó el vasto horizonte multicultural del Oriente aqueménida (Karttunen, 1989).

2.1. *El expansionismo persa y el Lejano Oriente: Heródoto*

Heródoto nació en la ciudad griega de Halicarnaso, en torno al año 484 a. C., aunque esta fecha no es segura. El padre de Heródoto era de estirpe caria, pero la madre era griega, y, seguramente, la familia entera, de elevado rango (aunque no noble), debió de helenizarse muy pronto: el tío de Heródoto, Paniasis, fue incluso un reconocido poeta épico a la manera de Homero, que compuso una *Heracleia* (sobre el héroe Heracles) y un poema histórico-etnográfico titulado *Ioniká* (sobre Jonia), que pudo inspirar a Heródoto para su propia obra. Por desgracia, Halicarnaso estaba regido entonces por un tirano propersa llamado Lígdamis y tras un intento fallido de derrocarlo en el año 469 a. C., parece que Paniasis fue ejecutado. Heródoto se vio obligado a refugiarse en Samos con el resto de su familia y no pudo volver a Halicarnaso hasta que Atenas la incorporó a la Liga Ático-Délica en el año 454 a. C. Así pues, Heródoto creció en un clima de inestabilidad política marcado por el conflicto greco-persa y por las continuas revueltas y golpes de Estado que sucedían en ese contexto.

Este conflicto entre ambas naciones había alcanzado su clímax con la invasión de Grecia por parte de Jerjes I en el año 480 a. C., justo cuatro años después de que naciera Heródoto. Según estima el propio historiador en sus *Historias* (VII 60-99), tan solo los efectivos del ejército de tierra fueron, en total, un millón setecientos mil hombres; eso sin contar con la caballería y la inmensa flota compuesta por naves fenicias, egipcias y chipriotas, y alguna que otra procedente de Jonia. Como Heródoto también consigna en el mismo pasaje, muchos fueron los que debieron de ver en suelo griego por primera vez a los persas con sus ricos atavíos y sus joyas, pero también a los

escito-sakas con sus bombachos y turbantes rígidos en punta y a los etíopes, que al entrar en combate se embadurnaban con yeso y minio, cubiertos con sus pieles de pantera; e incluso a los indios drávidas, a los que Heródoto llama “etíopes orientales” (en *Historias* VII 70, 1-2), que iban con sus escudos forrados de piel de grulla y con sus cascos hechos con cráneos de caballo, incluyendo las orejas y la crin. Jerjes buscaba imponerse con la sola visión de este ejército de tan aterrador exotismo.

El recuerdo de esta invasión debía de estar aún muy vivo en la memoria colectiva de las ciudades griegas, empezando por la propia Halicarnaso: allí se sabía que Artemisia, la abuela del tan odiado Lígdamis, había sido aliada y consejera de Jerjes; su “compatriota” Heródoto, al menos, la recuerda con cierta admiración (en *Historias* VIII 67-69, 87-88 y 101-103). Pero ahí también estaban en Grecia los epitafios que les dedicó el poeta Simónides de Ceos a los caídos en las Termópilas y que Heródoto cita textualmente (cf. *Historias* VII, 228), o la tragedia de Frínico, *La Toma de Mileto*, cuyo tratamiento dramático del fin de la revuelta jónica provocó bastante polémica en Atenas (cf. *Historias* VI 21, 2). Y muy a propósito, cabe recordar aquí la tragedia *Los persas* de Esquilo, estrenada en el año 472 a. C., cuya celebración de la victoria ateniense de Salamina vaticinaba un final muy próximo para el Oriente aqueménida, hundido en la molicie y en el lujo de sus tiranos:

Tras largo tiempo por las tierras de Asia ya no rigen las leyes persas, ya no se pagan tributos por imposición de sus amos, ni prosternados en tierra van a obedecer su mando, porque el brío del imperio ha perecido por completo. (Esquilo, *Los persas* 584-590).

Por otra parte, los despojos del ejército persa también se habían ofrecido como exvotos en los templos griegos, como el casco persa de oro con una dedicatoria en griego (*IG* I³ 1467) que se conserva en el Museo de Olimpia (inv. n.º B5100). También se elevaron monumentos conmemorativos de la victoria, como el trípode erigido en Delfos tras la batalla de Platea (479 a. C.), cuyos restos se encuentran hoy en la plaza de Sultanahmet de Estambul –todavía se leen los nombres de las naciones griegas vencedoras–. Todo ello estaba a la vista de los griegos, como consigna Heródoto en su obra (cf. *Historias* VIII 121-125 y IX 80-81). Pero, además, también se conservan vasos áticos con escenas de lucha entre griegos y persas que pueden representar la sumisión del

bárbaro oriental con suma crudeza: por ejemplo, en el vaso de Eurimedonte (MKG, Hamburgo, inv n.º 1981.173), llamado así por la victoria griega en Eurimedonte (466 a. C.), se ve que un soldado persa, con su bonete y su carcaj, se agacha y le ofrece las nalgas a un griego que avanza con su sexo erecto en la mano. En definitiva, está claro que la historia de la Antigua Grecia había quedado marcada por ese gran choque de civilizaciones y que, por ello, Heródoto decidió analizar este conflicto desde sus inicios:

Esta es la exposición del resultado de las investigaciones de Heródoto de Halicarnaso para evitar que, con el tiempo, los hechos humanos queden en el olvido y se queden sin realce las notables y singulares empresas realizadas por griegos y bárbaros respectivamente –en especial, el motivo de su mutuo enfrentamiento–. (Heródoto, *Historias*, Proemio).

2.1.1. Los viajes de Heródoto y sus *Historias*

La obra de Heródoto es una historia o *historía* (de *historiēin* “investigar”) en el sentido etimológico; es decir, una “indagación” del conflicto greco-persa, a la que se le ha aplicado sistemáticamente un método científico en el manejo de las fuentes. Tal como muestra su obra, Heródoto se sumergió en la interpretación de exvotos e inscripciones, en la lectura de los poetas como Homero, cuya estela había seguido su tío Paniasis, o de logógrafos como Hecateo de Mileto, a quien se le debía uno de los primeros mapas del mundo conocido (cf. *supra* 1.2). Heródoto comentó y reflexionó sobre toda esa información con cierto sentido crítico y extrajo conclusiones según le dictaba su sentido común. Pero las *Historias*, al menos en parte, también se construyeron con las propias experiencias del autor; en concreto, con “lo que vio” y “lo que oyó” a lo largo de su vida, afirmando que tal o cual relato se lo contaron los persas o los griegos, o que tales maravillas pudo admirarlas él mismo.

Heródoto debió de empezar a viajar muy pronto, pues su presencia por territorios del Alto y Bajo Egipto y Babilonia en Mesopotamia que, por entonces, formaban parte del Imperio Aqueménida, está documentada. Todos estos viajes no habrían sido posibles si el Imperio Aqueménida no hubiera dispuesto de una buena red de comunicaciones y una eficiente administración en todo su territorio (cf. *supra* 1.2 y 1.3). Pero también parece que la presencia griega en Oriente se intensificó tras las guerras médicas: el propio

Heródoto menciona, por ejemplo, la presencia de embajadores atenienses y argivos en Susa para negociar la paz (*Historias* VII 151) y destaca el caso de Metíoco, el hijo de Milcíades, prisionero de los persas tras la batalla de Maratón, pero a quien Darío I le concedió propiedades y hasta una mujer de origen persa (*Historias* VI 41, 3). Pero el caso más notable es el del general ateniense Temístocles, el héroe de Salamina, que acabó sus días exiliado fuera de Grecia y a quien el rey persa Artajerjes I le concedió el gobierno de las ciudades de Magnesia del Meandro, Lámpsaco y Miunte.

Heródoto formaría más bien parte de ese otro grupo de griegos que viajaron a Oriente, ya fuera como comerciantes, médicos, artesanos, almirantes o soldados mercenarios y que ofrecieron sus servicios al rey persa; piénsese en Escílax, por ejemplo (cf. *supra* 1.2). Incluso existían “hombres de ciencia” que simplemente viajaban por el Imperio Aqueménida porque querían “investigar”, como lo hizo Heródoto: así, del filósofo Demócrito de Abdera se contaba que lo educaron los magos persas —una gracia dispensada por el rey Jerjes I— y que también realizó muchos viajes por Egipto y Mesopotamia, llegando incluso hasta la India, donde fue discípulo de los brahmanes. En suma, estos largos viajes de Heródoto se reflejan no solo en los vastos conocimientos geográficos de los que hace gala esta obra, sino también en el riquísimo panorama general que ofrece de cuantos conocimientos eran accesibles al hombre griego del siglo V a. C. y que eran de todo tipo —astronómicos, matemáticos etc.—, los cuales, en su mayor parte, procedían de Oriente.

Poco después de su posible retorno a Halicarnaso en el año 454 a. C., parece que Heródoto se vio obligado de nuevo a partir al exilio, esta vez con destino a Atenas. En el año 449 a. C., Atenas y el Imperio Aqueménida firmaron la llamada Paz de Calias, momento que seguramente Heródoto aprovechó para realizar más viajes. Heródoto conoció así Creta, las islas del Egeo y casi todo el continente griego y la Magna Grecia, lo que testimonia el control que Atenas ejercía sobre las rutas marítimas del Mediterráneo oriental. Es también en Atenas donde las fuentes antiguas afirman que Heródoto trabó amistad con intelectuales, como el poeta trágico Sófocles, y donde leyó en público algunos pasajes temáticos de su obra (*lógoi*); los cuales seguramente tratarían sobre gestas del pasado, maravillas exóticas y antiguas civilizaciones orientales.

Es probable que fuera en Atenas donde tomara conciencia del importante papel que desempeñó esta ciudad en las guerras médicas y empezara a perfilar la idea de escribir una obra de mayor envergadura. Sin embargo, parece que

Heródoto cambió Atenas por otra ciudad al final de su vida: unos sostienen que se marchó a Pella, la capital de Macedonia, y otros que más bien se hizo ciudadano de Turios, colonia panhelénica fundada por Pericles en el año 444 a. C., y que allí es donde Heródoto yace enterrado, aunque se desconoce la fecha exacta de su muerte. En todo caso, Heródoto encontró el reposo necesario en ese nuevo “exilio” para culminar su obra; se dedicó, sobre todo, a reflexionar sobre el carácter universal de las guerras médicas que, en definitiva, no solo habían provocado su exilio de Halicarnaso, sino también el fin de una época en la que griegos y bárbaros habían convivido en una relativa paz.

Las *Historias* son, pues, la obra resultante de este autor tan cosmopolita y de tan variados intereses. Por lo general, se suele dividir en nueve tomos, una división que parece posterior, probablemente de los gramáticos alejandrinos del siglo III a. C., que hicieron la primera edición del texto. Sin embargo, es posible ver cómo Heródoto fue estructurando su relato a partir de una especie de *Historia de Persia*, que conformaría el núcleo principal de su obra: así, dedica los tres primeros libros al auge del Imperio Aqueménida con los reyes Ciro (libro I), Cambises (Libro II-III) y Darío I (libro III), para luego centrarse, en los siguientes seis, en el ascenso de Darío I al poder y en las guerras que libraron los griegos con este rey (libros IV, V y VI) y con su sucesor, Jerjes I (libros VII, VIII y IX).

Un tema que recorre obsesivamente la obra de Heródoto es el del poder y el de la fragilidad del éxito, ejemplificado por la monarquía como una institución en Oriente de actitud imperialista. De la lectura de Heródoto se desprende, de hecho, que el ansia de los reyes aqueménidas por conquistar nuevos territorios era políticamente necesaria para estabilizarse en el trono. Así lo aclara el propio Jerjes cuando, en una reunión con sus cortesanos, comparte con ellos sus planes para invadir Grecia y hace referencia a la base teológica de la realeza persa para justificarlos:

“Persas, no voy a ser yo el primero en introducir entre vuestras costumbres esta norma, sino que pienso atenerme a ella siguiendo el ejemplo de mis antecesores. Según les he oído decir a las personas de más edad, desde que les arrebatamos a los medos el imperio que poseemos (cuando Ciro derrocó a Astiages) jamás, hasta la fecha, hemos seguido una política de paz; todo lo contrario, la divinidad así lo dispone”. (Heródoto, *Historias* VII 8,1).

De hecho, los persas no habían olvidado sus orígenes tribales, pues, como recuerda Heródoto (en *Historias* I 136, 2), todavía educaban a sus hijos varones de una manera tradicional y les enseñaban tres cosas: a montar a caballo, a disparar el arco y a decir la verdad. Es esa verdad la que, por ejemplo, Ciro el Grande echaba en falta en los espartanos, que protestaron por la invasión de Jonia y a los que les reprochó que tuvieran en sus ciudades un lugar a propósito (el ágora) para reunirse y engañarse mutuamente con sus juramentos; “si yo gozo de salud –dice Ciro– “esos individuos no tendrán como tema de conversación las desgracias de los jonios, sino las suyas propias” (*Historias* I 153, 1). También es la verdad lo que les reclamó Darío I a sus servidores cuando les preguntó por el pueblo que había ayudado a los rebeldes jonios, y se cuenta que al escuchar “Atenas”, Darío tomó un arco y lanzó una flecha al aire, pidiendo justicia a su dios, Ahura Mazdā (V 105). En suma, los persas no hacían más que responder según sus tradiciones y encarnaban unos altos ideales aristocráticos que Heródoto hace contrastar con la democracia de Atenas.

Heródoto reconoce que la revuelta jónica rompió el equilibrio de fuerzas que, pese a todo, había existido hasta entonces. Se puede decir que, tras la ayuda enviada por los atenienses a Jonia, se sucedieron calamidades “tanto para los griegos como para los bárbaros” (*Historias* V 97, 3). Pero, por otro lado, Heródoto considera que también los persas cometieron un acto de *hýbris* (o “soberbia”), porque confiaron demasiado en su superioridad numérica e intentaron ampliar sus dominios más allá de Asia, la región que incluso ellos entendían que les pertenecía, un hecho que Heródoto enfáticamente destaca al principio y al final de su obra (cf. I 4, 4 y IX 116, 3). Jerjes, en particular, se excedió cuando reunió a un vasto ejército con soldados procedentes de todo su imperio, a los cuales trató con crueldad (VII, 22, 56, 147 y 233). Llegó incluso a flagelar las aguas del Helesponto en castigo por haberle destrozado sus naves en una tormenta (VII, 34-35). Para Heródoto, Jerjes fue un tirano soberbio que fue arrasando con todo allá por donde pasaba:

Que nosotros sepamos, de todas las expediciones militares, esta fue, con mucho, la más importante [...] Pues ¿a qué nación originaria de Asia no acaudilló este monarca contra Grecia? ¿Qué curso de agua, a excepción de los ríos caudalosos, no se secó al tratar de satisfacer las necesidades de las tropas? (Heródoto, *Historias* VII 21,1-2).

Heródoto ve este conflicto entre Oriente y Occidente como la consecuencia de un equilibrio roto en un ciclo dinámico “que, en su sucesión no permite que siempre sean afortunadas las mismas personas” (*Historias* I 207, 2) y que se aplica, sobre todo, para arruinar las empresas de los hombres demasiado ambiciosos como Jerjes. La divinidad es quien restablece ese equilibrio cuando se rompe; al hombre tan solo le cabe examinar con detalle sus acciones y atribuir responsabilidades. Incluso para el propio Jerjes es evidente la fragilidad de la existencia humana y llora cuando, tras revisar sus tropas en Ábidos, toma conciencia que de todas ellas no quedará absolutamente nada en cien años (VII 46, 2). Así, en el auge y la derrota (que no caída) del Imperio Aqueménida, Heródoto supo leer una lección aguda, que es la que se aprende cuando no se puede evitar lo que parece un designio divino, aun confrontándolo con el más imponente de los ejércitos. Como concluye un soldado persa en la víspera de Platea: “la peor angustia del mundo estriba en tener conciencia de muchas cosas, pero no poder controlar ninguna” (IX 16, 5).

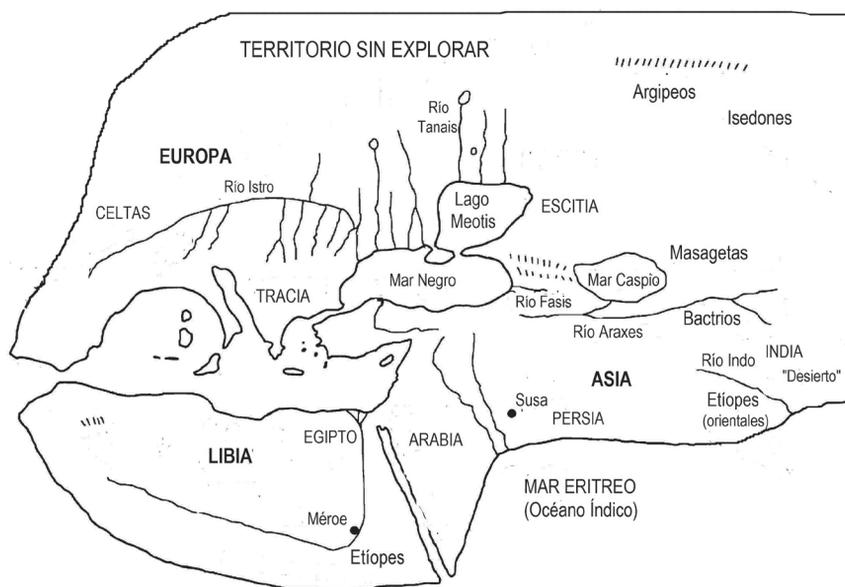


FIGURA 2.1. El mundo según Heródoto (*Historias* IV 36-45).

2.1.2. El Lejano Oriente en Heródoto

Para muchos contemporáneos de Heródoto, el Imperio Aqueménida era una superpotencia cuyo señorío en Asia era incontestable. En ese sentido es reveladora la anécdota que cuenta Heródoto y que protagoniza el cabecilla de la revuelta jonia, el tirano Aristágoras de Mileto, cuando fue a Esparta en busca de apoyo militar: Aristágoras trató de convencer al rey Cleómenes I de lo fácil que sería apropiarse de las riquezas del Imperio Aqueménida e ilustró sus explicaciones con un gran mapa en una lámina de bronce, pero Cleómenes rechazó participar en esa empresa en cuanto comprendió que sus hombres tardarían tres meses solo para llegar a Susa (cf. *Historias* V 49-50). Esta actitud prudente podría ser similar a la de la mayoría de los griegos para los que el mundo bárbaro era un gran espacio inabarcable a la par que caótico y, en buena parte, desconocido.

En cierto modo, Heródoto parece querer conjurar esas reservas a través de su investigación histórica sobre Asia. En la anécdota de Aristágoras, Heródoto tiene en mente esos mapas de origen babilonio –se conserva uno en el Museo Británico (BM n.º 92687)–, que el filósofo Anaximandro de Mileto y su compatriota Hecateo popularizaron en Grecia: un círculo perfecto, rodeado por las aguas de un “Océano Exterior”, en el que Libia (África), Asia y Europa tendrían las mismas dimensiones. Pero Heródoto no está de acuerdo con esta concepción del mundo: “me da risa ver que ya ha habido muchos que han trazado mapas del mundo –llega a decir– “sin que ninguno los haya comentado detallada y sensatamente” (*Historias* IV 36, 2). Heródoto considera que Europa tenía la misma extensión que Libia y Asia juntas, pues también el territorio al norte del mar Caspio y el río Araxes formaba parte de él (cf. fig. 2.1). Además, los límites de Asia estaban claros, mientras que los confines septentrionales de Europa eran prácticamente desconocidos (*Historias* IV 36-45). En suma, la idea que subyace es que el Imperio Aqueménida no sería tan extenso como los griegos suponían (Dilke, 1985: 22-26 y 56-59).

Heródoto proporciona información acerca de los pueblos que formaban el Imperio Aqueménida en toda su extensión, pero la dosifica a lo largo de su obra para hacerla más inteligible y abarcable: aparte de la sucinta descripción de Asia que hace Aristágoras en el libro V, Heródoto también ofrece un catálogo razonado de las satrapías en época de Darío en el libro III (88-97)

y luego una descripción de las tropas de Jerjes de todas las naciones en el libro VII (60-99), antes de iniciar el relato de la segunda guerra médica. En estos pasajes en los que aporta críticamente ciertos datos (presumiblemente, de múltiples fuentes), Heródoto mide, clasifica y explica, tratando de limitar en lo posible la presencia de lo mítico o fabuloso, ya sea reinterpretándolo o ya remitiéndose a sus informantes para refutar o aprobar sus argumentos.

Finalmente, Heródoto va a hacer intervenir a casi todos los pueblos del mundo conocido a medida que estos van entrando en contacto con el Imperio Aqueménida: babilonios, egipcios, etíopes, escitas, indios, griegos, etc. Heródoto va salpicando así su texto con digresiones, que pueden ser de solo unos capítulos –como en el caso de los lidios, ya que “tienen costumbres muy similares a las de los griegos” (*Historias* I 94, 1)– o de hasta un libro entero –como el libro II, dedicado a Egipto–. En estos excursos confluyen todo tipo de temáticas: desde la ejemplar caída de monarcas y tiranos orientales (un aviso para los reyes aqueménidas) hasta la historia y las costumbres de un pueblo nómada situado en el rincón más perdido del imperio. Como se ve, el objetivo principal de Heródoto es lograr poner orden en una vasta ecúmene y que hasta las más lejanas y misteriosas tierras orientales, con sus costumbres bárbaras, sean un espacio geográfico mejor conocido y aprehensible para el mundo griego.

Ese afán clarificador de Heródoto se ejemplifica con su tratamiento de la Bactriana. Para muchos griegos esta era una tierra lejana y mítica desde donde el trágico Eurípides haría venir al mismísimo Dioniso, el dios del vino y el teatro (*Bacantes* 15), aunque en otras tradiciones incluso se asegurase que procedía de la India (cf. *infra* 6.1). Para Heródoto, en cambio, la Bactriana era simplemente la duodécima satrapía del Imperio Aqueménida, que aportaba al tesoro imperial 360 talentos de oro cada año (*Historias* III 93, 1). En la segunda guerra médica formó un batallón de infantería con los sakas (VII 64, 86 etc.) y, tras la derrota persa, estuvo a punto de alzarse en armas contra Jerjes en apoyo de su sátrapa Masistes (IX 113). Heródoto no puede ser más sucinto, ni siquiera cuando dice que ciertos indios “tienen un género de vida similar al de los bactrios” (III 102, 1) explica en qué consisten esas costumbres, porque asume que sus lectores saben cuáles son.

La Bactriana tenía fama entre los griegos de ser el destino final de muchos de sus deportados: por ejemplo, Darío I se llevó allí a los griegos de la colonia africana de Barca y les permitió vivir en una aldea de la que Heró-

doto había oído hablar (*Historias* IV 204), y también se sabe que se intentó aplacar a los milesios, en plena revuelta jónica, con la amenaza de castrar a sus jóvenes y llevarse a sus doncellas a Bactria (VI 9, 4), aunque, al final, la población de Mileto fuera deportada a Susa y después a la isla de Ampe, en el golfo Pérsico (VI, 20). Alejandro Magno también se encontraría en Sogdiana con los sacerdotes del templo de Apolo Didimeo, también conocidos como “los bránquidas” (cf. *infra* 3.2). Por tanto, hay que contar con esa temprana presencia helena en la Bactriana, pues de ella podría derivar, en última instancia, mucha de la información de la que Heródoto disponía.

En ese sentido, resulta relevante que Heródoto no dé muchos detalles sobre el camello bactriano (ese icónico animal de la Ruta de la Seda) y que lo justifique, diciendo que “los griegos ya lo conocen” (*Historias*, III 103), lo que contrasta notablemente con la molestias que se toma en describir el hipopótamo, el cocodrilo y otros animales de Egipto en el libro II. Por una carta de los archivos de la Bactriana se sabe que los camelleros gozaban de un estatus especial (Naved-Shaked, 2012: 68-75 [A1]) y que algunos de los camellos que criaban eran exclusivamente “camellos del rey” (*gmln zy mlk'* [A1: 3]), pues el soberano persa solía ir en sus múltiples campañas con un séquito de esos animales de carga. Heródoto cuenta que en una batalla contra el rey Creso, antes de que la caballería lidia iniciase el ataque, el rey Ciro el Grande tomó una decisión extraña: despojó a los camellos de sus fardos, los puso en la línea de vanguardia e hizo montar en ellos a sus soldados de caballería, y fue así como consiguió que, en cuanto los caballos enemigos olfatearon a los camellos, se inquietaran y se dieran a la fuga (Heródoto *Historias* I, 80). Desde entonces, los persas tuvieron unidades de soldados montados en camellos, incluso en la invasión de Grecia (cf. VII 83, 2 y 86-87).

De hecho, el camello aparece con frecuencia representado con sus características dos jorobas en los camafeos greco-persas y también en algún que otro vaso ático del siglo V a. C., ya sea acompañado por un camellero etíope (Hermitage, inv. n.º ST 1603) o incluso montado por el propio rey persa (BM inv. n.º 1882, 0704.1). También el andar tambaleante de este animal les debía de hacer mucha gracia a los griegos, ya que se le podía insultar a uno diciendo que era tan feo como el “culo de un camello”, tal como hace, por ejemplo, el comediógrafo Aristófanes en alguna de sus oras (e. g. *Avispas*, 1035; *La Paz*, 758, etc.), y, por cierto, que este autor también asocia este animal específicamente con los “medos”, es decir, los persas (cf. *Aves* 277-

278). Así pues, es muy probable que hasta incluso llegase algún camello a Atenas, porque, si no, el público de Aristófanes no habría podido entender la broma.

Más allá de la Bactriana, la India constituía el límite oriental del mundo conocido para Heródoto. Esta era la región más poblada, constituía ella sola la vigésima satrapía y contribuía cada año al tesoro persa con trescientos sesenta talentos de oro en polvo (*Historias* III 94, 2). La llamada “Descripción de la India” (III 98-106) son en realidad apenas unos capítulos a propósito de la mención del oro indio y explican cómo este se obtenía. Con todo, es el primer relato de cierta coherencia que ha llegado sobre lo que hasta entonces se conocía de este país (Albaladejo Vivero, 2005: 27-42); aunque sea, ciertamente, bastante poco:

Por lo que se refiere a las zonas situadas hacia el Lejano Oriente, más allá de los persas, medos, saspires y colcos, al sur se extiende el mar Rojo [Eritreo], mientras que al norte se encuentran el mar Caspio y el río Araxes, cuyo curso se dirige hacia el oriente. Asia se halla habitada hasta la India; pero, al este de dicho país, no hay más que un desierto y nadie puede decir, ni siquiera aproximadamente, qué características presenta. (Heródoto, *Historias* IV 40, 1-2).

Para Heródoto, la India era exclusivamente el valle del río Indo hasta el desierto de Thar (cf. fig. 2.1), lo que, básicamente, correspondía a la satrapía que formaba parte del Imperio Aqueménida. Heródoto parece desconocer lo que hay más allá de ese desierto: la cuenca del Ganges, todo el Decán, el golfo de Bengala, etc., no parecen existir. Heródoto solo sabe que el río Indo discurría por una región calurosa, habitada por drávidas o “etíopes orientales” –el termino griego *Aithiopes* significa “los de rostro quemado”–, y que este río desembocaba en el mar Rojo o Eritreo más hacia el sur. Pero con “mar Rojo” Heródoto no está refiriéndose al que se conoce por este nombre en la actualidad, sino a todo el océano Índico, el cual, desde los mismos comienzos de la civilización, lo habían surcado embarcaciones procedentes del África oriental, el golfo Pérsico y el Asia meridional (cf. Reade, 1996).

Al norte de la India se encuentra el río Araxes. Con este nombre, Heródoto puede referirse en su obra tanto al Aras (Heródoto *Historias* I 201), como al bajo Volga (I 202, 1 y IV 11, 1), pero en el texto antes citado no se trata de ninguno de esos dos, sino de otro que sirve de frontera entre el Imperio

Aqueménida y la tribu escita de los maságetas (III 36, 3). Este Araxes sería, por tanto, el que se conoce en otras fuentes como el río Oxo (Amu Daria), el cual recibe esta denominación por uno de sus afluentes en Tayikistán, el *Vaxšāb* (Vajsh). Así pues, Heródoto incluso desconoce la existencia de otro río aún más al norte, el Jaxartes (Syr Daria). Lo cierto es que durante mucho tiempo se confundieron el río Araxes (Aras) con el río Oxo (Amu Darya), y el río Tanais (Don) con el Jaxartes (Syr Daria), y ni siquiera cuando Alejandro Magno y sus hombres exploraron la región, supieron distinguirlos bien (cf. *infra* 3.5). Es más, siempre se creyó que tanto el Oxo como el Jaxartes desembocaban en el mar Caspio y no en el mar de Aral, que nunca aparece mencionado en las fuentes antiguas, quizá porque ambos mares formaban uno solo entonces.

La India suponía el límite oriental del mundo conocido, por lo que el historiador deduce que las horas de más calor allí tenían que ser las primeras del día y no las centrales, como en Grecia (*Historias* III 104, 2-3). Heródoto asegura que, en parte gracias a este tipo de clima, la India es una tierra fértil habitada por especies animales de mayor tamaño que las de otras regiones del mundo (III 106, 1). Con todo, no da excesivos detalles, aunque de la flora menciona los juncos del Indo con los que hacen los nativos sus naves (III 98, 3-4) y la planta del algodón, que produce la fibra con la que confeccionaban sus ropas, incluso la de los soldados que fueron a Grecia (cf. III 106, 3 y VII 65, 1).

Por otra parte, Heródoto es consciente de que en la India había numerosos pueblos, hablantes de distintas lenguas y con diferentes costumbres, pero la única precisión que hace consiste en distinguir a aquellos indios que vivían en las montañas del Hindukush y eran vecinos de los bactrios (y, por lo tanto, más cercanos a la “civilización”) de aquellos que vivían en las marismas del bajo valle del Indo y ni siquiera formaban parte del Imperio Aqueménida. Heródoto, lógicamente, dedica más espacio en su obra al primer grupo, porque, además, eran estos los que se dedicaban a buscar el oro para los persas:

Otros indios, que, con relación al resto, se hallan asentados bastante más al norte, son vecinos de la ciudad de Caspátiro y de la región Páctica, y tienen un género de vida similar al de los bactrios. Precisamente, estos indios son los más belicosos de todos y, además, son ellos quienes organizan expediciones en busca del oro, ya que, debido a la arena existente, en esa zona hay un desierto. En ese desierto arenoso hay

unas hormigas de unas dimensiones inferiores a las de los perros, pero superiores a las de los zorros (pues lo cierto es que en la propia residencia del rey de los persas hay algunos ejemplares que han sido capturados en dicho paraje). Estas hormigas, en suma, cuando excavan su nido subterráneo, sacan a la superficie la arena exactamente de la misma manera que las hormigas de Grecia (a las que, incluso en su aspecto, se asemejan extraordinariamente), pero la arena que sacan a la superficie es aurífera. (Heródoto, *Historias* III 102, 1-2).

Heródoto decidió incluir esta increíble historia de las “hormigas” simplemente porque creía, como dice, que el rey persa tenía algunos ejemplares cautivos en su palacio. También el general de Alejandro Magno, Nearco, asegurará en su momento que vio unas pieles de esas “hormigas”, pero tampoco vio el animal en sí (cf. *infra* 3.5). Estas hormigas “más grandes que las zorras” podrían tratarse, en realidad, de una especie de marmotas de las mesetas del Tíbet, al norte del Himalaya. Por otra parte, también parece que el “oro de las hormigas” tendría alguna conexión con la literatura india: también en el *Mahābhārata* (II 48, 4) se menciona un “oro de hormigas” (*pīpīlikā*) procedente de una región cercana al Himalaya, que se le ofrece al jefe de los pándavas, y también hace referencia a ese tipo de tributo el *Arthasāstra*, una obra de contenido económico y político del siglo III a. C. (cf. *infra* 6.2).

Este pueblo que organizaba las expediciones en busca del oro era el de los “dádicas” (*Historias* III 91 y VII 66), también llamados “dardos” (cf. Plinio *Historia natural* VI 22, 67 y XI 26, 111), que habitaban la región que hoy se conoce como Dardistán, entre el valle del Swat y Gilgit-Baltistán, al noroeste de Pakistán. Heródoto cuenta cómo estos indios organizaban expediciones con una recua de tres camellos, dos machos y una hembra, y cómo, una vez recogido el oro, emprendían la huida a lomos del camello hembra, mientras las hormigas devoraban a los dos machos (*Historias* III 102-105). Estos camelleros indios eran conocidos en época de Heródoto, pues ya los menciona Esquilo en una de sus tragedias con cierto halo de misterio: “He oído hablar también de los indios nómadas que cabalgan en sillas con respaldo sobre camellos a través de las regiones vecinas a Etiopía” (*Suplicantes* 284-286). Pero Heródoto se esfuerza, por su parte, en ofrecer un relato claro y desmitificado.

De hecho, Heródoto habla también de esos “etíopes orientales” (*Historias* III 103 y VII 70); es decir, de la población dravídica de la India, cuya